

La sociedad que propugnaron los jesuitas



El libro del jesuita Javier Domínguez es un testimonio sociológico de primera mano para saber lo que hoy ocurre en los altos estamentos del país, y el porqué de la estructura de nuestra sociedad frustrada y sin Norte, al desaparecer el ficticio esquema franquista.

Sin duda, la educación jesuítica marcó el centro de nuestra educación en los años franquistas. Fue su modelo, y su más influyente sistema pedagógico, tanto humano como religioso-moral.

Podría estudiarse el proceder de las élites de nuestro país a través de la educación que los jesuitas han impartido en nuestra sociedad contemporánea, pues de ella derivan sus actitudes básicas.

Libros como "A. M. D. G.", de Ramón Pérez de Ayala y, ahora, el de Javier Domínguez, son parte de esos testimonios tan interesantes para conocer el fondo que explica nuestra situación actual.

Distinguiendo, por supuesto, entre un libro literario y a veces claramente sectario, como fue el de Pérez de Ayala; y ahora el muy distinto de Domínguez, que, a pesar de su dureza, tiene siempre una objetividad básica, de la que carece frecuentemente el otro, a pesar de lo valiosas que puedan ser sociológicamente en bastantes casos sus ficciones.

El problema fundamental descrito por Domínguez es el del tipo de sociedad que han transmitido los jesuitas en su reciente enseñanza escolar. No se han percatado de que, arrastrados por la corriente del momento, "no se plantearon que aquella sociedad no respondía al modelo evangélico del hombre". Es cierto que caben muchas opciones políticas y económicas —Santo Tomás habla simbólicamente de mil— en una sociedad que pretenda conseguir "hombres para la libertad, la justicia, el amor a los hermanos y la solidaridad y la paz". Pero otras muchas soluciones sociales y políticas numerosas no casan con este tipo básico de hombre y de ciudadano, que describe a grandes rasgos el Evangelio, como le ocurrió al franquismo, que fue el sistema que fomentaron con su clase de educación los jesuitas. Por eso, el mal de esos tiempos —cuya herencia hemos padecido en nuestras carnes sociales actuales— ha sido elegir un tipo de sociedad que no podía coherenciarse con un modelo humano deducido del Evangelio que para un cristiano debe ser Norte general de su vida a todos los niveles de la misma.

La educación jesuítica formó tal

hombre equivocado por los siguientes caminos: 1) el miedo; 2) la emulación y la competencia; 3) el estímulo de los más fuertes y poderosos. Y usando como medios concretos que fomentasen tales factores, los que pongo a continuación: 1) las notas; 2) los premios y castigos, y 3) el liderazgo de los cabezas.

"Al alumno hay que tratarle con una gran distancia, sin permitir que se acerque de persona a persona", dice Domínguez, recordando sus años de profesor. Y fue testigo, durante su docencia, de su propio fracaso dentro del contexto educativo jesuítico, porque no podía llevar a cabo algo que repugnaba íntimamente con su manera de ser. Pero no creamos que esto sea una exageración suya. Era este sistema el "leit motiv" de la educación tradicional entre jesuitas, ya que uno de los principales educadores de la historia de la Compañía de Jesús, como fue el padre Sacchini, decía a principios del siglo XVII, "que el maestro en la clase está obligado a mostrarse severo", porque "este consejo general es el de los filósofos antiguos que querían que los superiores fueran semejantes a las leyes". Nada de contacto personal en el colegio; la objetividad y dureza de la ley era la actitud a adoptar: nada de comunicación personal, de tú a tú. Un estoicismo muy propio de la afición que, en sus estudios internos, tenían los jesuitas por los grandes moralistas romanos llenos de hosca severidad, como le pasó al extraño San Luis Gonzaga, que no se atrevía a mirar a la cara de su madre para no faltar a la castidad, actitud que provino de su lectura asidua de estos rígidos pensadores, combinada con el miedo neurótico a todo lo sexual.

El clima educativo era "el miedo": "miedo a las tentaciones, miedo al infierno, miedo al pecado, miedo a Dios, miedo al comunismo... Había una especie de catastrofismo: un Dios tiránico y castigador, un infierno amenazante, una muerte cercana y en el orden político una conjuración judeomasonónica y un comunismo internacional dispuesto a hundir a España". Dos clases de miedos inoculados sistemáticamente desde la más tierna infancia: "los miedos de ultratumba en lo religioso", y "los miedos ultrapirenaicos en lo político".

Socialmente, se educaba en la competencia despiadada. "Algunos jesuitas dicen que la esencia de la pedagogía jesuítica es la competición, y el más, más y más". Por eso dice el padre Charmot en su documentado libro "La pedagogía de los jesuitas", que "a la

emulación se debe casi todo lo que el linaje humano ha realizado de heroico en todos los órdenes", y que el principal sistema pedagógico es proponer a los educandos, por activa y por pasiva, "el ejemplo de los más osados". Como decía hace tres siglos el padre Juvenio: "La emulación competitiva es la piedra de afilar los ingenios y la espuela de su actividad laboriosa". La concreción más clara estaba en el ejercicio llamado de la Concertación; sobre él se expresaba así este padre Juvenio, uno de los grandes forjadores antiguos de la pedagogía jesuítica: "Cuando un alumno lee un trabajo, no le dejemos solo en la lectura, tenga un émulo presto a corregir sus errores; el émulo debe estar atento para corregirle, atacarle y para vencerle en lo posible". Incluso se establece y recomienda vivamente la lucha entre las clases escolares, haciéndose torneos, en los cuales "se puede, si ha de agrandar, pedir a los vencidos que lleven a los pies del vencedor una palma o una corona". Y por si fuese poco, se recomendaba también la "risa y la alabanza irónica" con estos vencidos, colocándolos en el centro de la clase para irrisión general, situados en el llamado "banco desdichado", de modo que quien "se siente en él quede como notado de infamia". Todo lo cual queda solemnemente confirmado en la Biblia pedagógica de los jesuitas, el llamado Ratio studiorum, donde se resumía el sistema de enseñanza por ellos propugnado.

Así —termina Domínguez— "se va educando para una sociedad que es de los fuertes, de los violentos, de los agresivos, en la que no hay lugar para los débiles, los minusválidos o los tontos; y el alumno educado en los jesuitas sale absolutamente impreparado para la solidaridad".

Sin duda, los propios jesuitas no se dan cuenta de que más todavía que el contenido de su enseñanza, lo que ha reafirmado esta injusta sociedad agresiva son los medios por ellos utilizados, como ha descubierto Mac Luhan al estudiar los caminos por los que se produce. La influencia social a través de la enseñanza, la lectura, la radio, el espectáculo o la televisión, que proviene más del método empleado que del contenido transmitido. ■